



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVI
Nº 19
20.03.2022

DOMINGO DE LA 3ª SEMANA DE CUARESMA

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Éxodo (Ex 3, 1-8a. 13-15)
Salmo Responsorial	Salmo 102 (Sal 102, 1-2. 3-4. 6-7. 8 y 11)
2ª Lectura	De la 1ª carta del Apóstol san Pablo a los Corintios (1Cor 10, 1-6. 10-12)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN LUCAS (Lc 13, 1-9):

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían.

Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.»

Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?”

Pero el viñador contestó: “Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar”.»

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

"Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala"



De este modo, la higuera estéril designa perfectamente a todos los hombres que rechazan constantemente dar frutos y por este motivo son amenazados, poniendo el hacha en las raíces de este árbol ingrato. Pero el jardinero intercede, posponiendo la ejecución del hacha y tratando de aplicar un remedio eficaz al árbol enfermo.

Este jardinero nos recuerda a todos los santos que oran en la Iglesia por todos aquellos que están fuera de la Iglesia. Y, ¿qué piden ellos? «Señor, déjala por este año todavía», es decir, concede un tiempo de gracia, salva a los pecadores, salva a los incrédulos, salva a las almas estériles, salva a los corazones que no producen fruto... «Cavaré a su alrededor y echaré abono, por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas.»

Los Concilios II y III de Constantinopla

El segundo y el tercer concilio de Constantinopla trataron de explicar con mayor precisión la relación entre la divinidad y la humanidad de Cristo, tratada en los cuatro concilios anteriores, especialmente el de Calcedonia.

Constantinopla II, celebrado el año 553, podría considerarse una apuesta personal del emperador oriental Justiniano I, cuyos dominios incluían Egipto y la mayor parte del norte de África, quien, para calmar a la Iglesia egipcia y poner fin a su deriva hacia el cisma, condenó a tres hombres asociados con Nestorio: Teodoro de Mopsuestia († 428), Teodoreto de Cirro († 460) e Ibas de Edesa († 457).



La verdad fue que pocos vieron con buenos ojos esta idea; sobre todo, teniendo en cuenta que los condenados habían muerto hacía más de un siglo. Los tres hombres y/o sus escritos fueron condenados en el decreto clave del concilio, denominado los «Tres capítulos». El papa Vigilio (537-555), de hecho, tardó bastante tiempo en aceptarlo.

Pero, aunque pueda ser considerado inoportuno y de mal gusto, el decreto es doctrinalmente ortodoxo, en nada contradice la función teológica de los concilios ecuménicos anteriores y, paradójicamente, empieza con unas muy acertadas palabras sobre la importancia del debate franco dentro de la Iglesia:

«Los santos padres, que se han reunido a intervalos en los cuatro santos concilios (de Nicea a Calcedonia), han seguido el ejemplo de la antigüedad. Se han ocupado de herejías y de problemas corrientes, debatiéndolos en común, pues está visto que cuando la cuestión disputada es planteada por cada una de las partes para ser debatida en común, la luz echa fuera la sombra de la mentira...»

Constantinopla III, que se celebró un siglo más tarde (680-681), desarrolló aún más la doctrina de Calcedonia sobre las **dos naturalezas en la única «persona» de Cristo**, declarando que Cristo poseía una voluntad humana, correspondiente a su naturaleza humana, y una voluntad divina, correspondiente a su naturaleza divina, precisando además que se trataba de **«dos voluntades, no contrarias..., sino que su voluntad humana sigue a su voluntad divina y omnipotente, sin oponérsele ni combatirla, antes bien, enteramente sometida a ella»**. De esta manera, se subraya la plena humanidad de Cristo, así como su solidaridad con los seres humanos en las pruebas y dificultades de la vida. La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní antes de su pasión, **«Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»**, sería interpretada como expresión de la conformidad de la voluntad humana de Cristo con su voluntad divina –y no como un conflicto entre ambas voluntades–, y a la vez como signo de la plenitud de su humanidad, que se mostraba temerosa ante el sufrimiento inminente.

Con esta resolución, el concilio de Constantinopla III condenaba la doctrina del Monotelismo (en griego ‘monos’ significa ‘uno’ y ‘thelema’ significa ‘voluntad’), la doctrina que atribuía a Cristo una sola voluntad, la divina, de tal modo que esta voluntad divina controlaba su humanidad. En la lista de los monotelitas condenados por el concilio III de Constantinopla aparecen el papa Honorio, el patriarca Sergio y otros tres obispos de Constantinopla, y los obispos Cirro de Alejandría y Macario de Antioquía. La condena del papa Honorio se basaba en dos cartas a Sergio, patriarca de Constantinopla, en las que el Papa manifestaba una opinión favorable al monotelismo. Este hecho sería citado durante el debate sobre la infalibilidad papal en el Concilio Vaticano I, el año 1870. En estas cartas, aunque de carácter oficial, parece claro que Honorio está expresando su opinión y no tratando de dictar una doctrina concluyente, del tipo que cumpliría los requisitos de la declaración del Concilio Vaticano I sobre la infalibilidad.

Paul Williams, catedrático de filosofía budista y profesor de religiones de la India en la Universidad de Bristol, ha sido durante más de 30 años una de las principales autoridades académicas sobre budismo en el Reino Unido. También era un budista convencido, intelectual y practicante. Pero en 1999 sorprendió cuando anunció que se convertía al cristianismo, más aún, al catolicismo.



En la revista budista inglesa Dharmalife no escondían su perplejidad: "Williams es uno de los principales estudiosos británicos del budismo y un budista practicante de muchos años. De hecho, su libro *El Budismo Mahayana* es una joya de claridad y visión. ¡Qué sorprendente fue escuchar que había decidido ser católico! [...] Dice el articulista de la revista budista ¡Catolicismo!: el budismo es una opción vital y espiritual para la gente moderna, el catolicismo pertenece a un pasado problemático. Mi visión del catolicismo está influida por los testimonios de amigos ex-católicos, y su búsqueda de bases emocionales saludables para sus vidas... ¿Cómo podría una persona inteligente y bien informada tomar tal opción?"

Williams lo ha explicado en su libro "Unexpected Way" (Camino inesperado), de 2002, donde narra su conversión en entrevistas y testimonios escritos. Paul Williams nació en 1950. La familia de su madre no era religiosa. La familia de su padre era tíbiamente anglicana. Siendo muy joven, Paul se sumó al coro de la parroquia anglicana. Fue confirmado en su adolescencia y aún con 18 años recuerda haber ido a comulgar alguna vez. Pero ni tenía una relación cercana con Cristo ni recibió formación.

Su hermano trajo de la biblioteca un libro sobre yoga, y con él Williams se aficionó a la cultura oriental en los años 60. "Estuve implicado en el estilo de vida y las cosas que los adolescentes hacen. Al acercarse los exámenes públicos dejé el coro, dejé de acudir a la iglesia, perdí el contacto con ella, me dejé el pelo largo y me vestía raro".

Estudiando en la Universidad de Sussex se especializó en filosofía india y después en budismo. Aunque había leído algo de Santo Tomás de Aquino y le parecía admirable, pronto se olvidó de él. "Por un tiempo acudí a la Meditación Trascendental de Maharishi Mahesh Yogui, pero lo dejé "porque me disgustaba su superficialidad y me parecía que distorsionaba la tradición india", escribe en su libro. Hacia 1973 ya lo tenía claro: había estudiado tanto el budismo que veía el mundo con categorías budistas, le parecían coherentes, Dios era innecesario y se consideró ya budista. Se "refugió" formalmente como budista en la tradición tibetana Dgelugspa, la del Dalai Lama. Siendo profesor en la Universidad de Bristol creó su propio círculo de budistas.

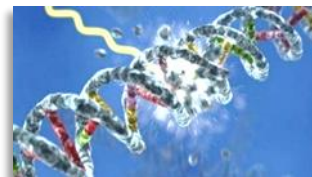
Practicaba la meditación, daba charlas en encuentros budistas, aparecía en debates televisivos como budista tibetano y participó en debates públicos con el católico Hans Küng y el catalán orientalista Raimon Panikkar. Explica: "Me interesaba la filosofía, pero también la meditación y el exótico Oriente. Muchos de nosotros encontrábamos el budismo interesante, al principio, porque parecía mucho más racional que las alternativas, y a la vez mucho más exótico. Los budistas no creen en Dios. O mejor, no parecía haber razones para creer en Dios y la existencia del mal era para nosotros un argumento positivo en su contra. Los que habíamos crecido como cristianos estábamos hartos de defender a Dios en un mundo hostil, lleno de detractores. En el budismo uno tiene un sistema de moralidad, espiritualidad y filosofía inmensamente sofisticado (y exótico), que no necesita a Dios para nada".

Años después, al convertirse al catolicismo, el filósofo siguió reflexionando y escribió: "Si miramos cómo son los budistas de Occidente, el llamado Budismo Occidental, lo que encontramos con regularidad es una forma de cristianismo en la que han quitado las partes que los cristianos post-cristianos encuentran más difíciles de aceptar".



DIOS EXISTE (19) LA CASUALIDAD Y EL ORIGEN DE LA VIDA (2)

Aunque la probabilidad de un origen debido al azar de las 75.000 enzimas diferentes es minúscula, muchos científicos consideran que estos cálculos no bastan para descartar la idea de que la vida apareció por azar. ¿Eran muchos los caminos que pudo haber recorrido la evolución de la vida? El argumento que he utilizado anteriormente quedaría debilitado si el origen de la vida tal como se encuentra en la Tierra fuese un acontecimiento muy improbable, porque existiesen además una enorme cantidad de sucesos potencialmente análogos para el origen de la vida. Sin embargo, conviene aclarar el contexto en el que nos movemos. Para ello veamos el ejemplo que sigue.



Imaginemos, por ejemplo, un jugador de golf que golpea la pelota, la cual se detiene en una posición marcada de antemano en el green (*círculo con hierba que rodea el hoyo donde debe introducirse la pelota*). La probabilidad de que ésta llegara a ese lugar concreto era pequeñísima. Sin embargo, existen **otros muchísimos lugares análogos** en el propio green, en los que hubiera podido detenerse la pelota, por lo que la probabilidad de que ésta llegara a algún otro punto del green es casi total. ¿puede haber ocurrido así con el origen de la vida? La probabilidad de que la vida se hubiera producido al azar con nuestra forma básica de química, la del carbono, es extraordinariamente pequeña, pero ¿no podría darse, como en el caso del green, **un número enorme** de tipos de biología sobre los que nada sabemos, cada uno con su muy pequeña probabilidad de desarrollarse en un planeta como la Tierra?

No lo creo, por lo que, si abandonamos esa hipótesis de la existencia de otros tipos de biología, como una forma de eludir la alarmante conclusión de que la vida no ha podido surgir por casualidad, es porque las reacciones químicas catalizadas por las 75.000 enzimas diferentes, resultan fundamentales aquí en la Tierra, considerando la química básica del propio átomo de carbono (*Una enzima es un catalizador que acelera la velocidad de una reacción química. La enzima no se destruye durante la reacción y se utiliza una y otra vez.*).

Sin embargo, a pesar de su complejidad, nuestra bioquímica puede muy bien ser la forma más sencilla posible. Consideremos, por ejemplo, los azúcares como la principal fuente energética de la vida. Están constituidos a partir de las dos moléculas más abundantes en el Universo, **las de hidrógeno y de monóxido de carbono**. Así, las enzimas que utilizamos para liberar el contenido energético de los azúcares participan en procesos que resultan fundamentales para el contexto químico de la Tierra. Por tanto, no existen millones y millones de otros sistemas igualmente probables, siendo de hecho discutible que exista algo distinto al de la química del carbono que actúe tan intensamente sobre las moléculas compuestas por los átomos más abundantes en el Universo: los de carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno.

La idea generalmente admitida de que la vida puede haber aparecido espontáneamente sobre la tierra se remonta a los experimentos que, a principios del siglo XX, cautivaron la imaginación del público. Si se mezclan intensamente moléculas no orgánicas sencillas como agua, amoníaco, metano, dióxido de carbono y ácido cianhídrico con fuentes de energía intensa, por ejemplo, luz ultravioleta, algunas de las moléculas se juntan para dar aminoácidos, resultado que demostraron **en 1953 Stanley Miller y Harold Urey**. Los aminoácidos, pueden, por tanto, ser producidos por medios naturales. No obstante, este hecho dista mucho de demostrar que la vida puede haber evolucionado de esa manera. **Nadie ha demostrado que la correcta disposición de los aminoácidos en las cadenas de proteínas, pueda producirse por ese método**. No se ha encontrado ninguna prueba que explique ese enorme salto, **ni se encontrará, según mi opinión**. Sin embargo, muchos científicos han dado este salto, desde la formación de los aminoácidos individuales hasta la constitución al azar de todas las cadenas de aminoácidos como las enzimas, a pesar de que es evidente la pequeñísima probabilidad de que ese suceso se haya producido en algún momento sobre la Tierra. Y esa conclusión un tanto injustificada ha echado raíces.